

El historiador y los archivos personales: paso a paso

Philippe Artières y Dominique Kalifa

En su número 13 de 2002, **Sociétés & Représentations**, revista interdisciplinaria editada por el equipo *Images, Sociétés et Représentations* (ISOR) de la Universidad de Paris I Panthéon-Sorbonne, se dedicó íntegramente al tema de las fuentes autobiográficas y los archivos personales. Bajo el título “El historiador y los archivos de sí”, reunió colaboraciones de Daniel Fabre, Cécile Dauphin, Danièle Pouban, Vincent Duclert, Philippe Lejeune, Corinne Pelta, Anne-Emmanuelle Demartini, François Godicheau, Paula Cossart, Corinne Krouck, Renaud Dulong, Christophe Prochasson, Philippe Carrard y Jean-François Laé. Los historiadores Philippe Artières y Dominique Kalifa, ambos con una nutrida trayectoria dedicada a la reflexión sobre los archivos y los dispositivos de escritura (que incluye un libro conjunto, **Vidal, le tueur de femmes. Une biographie sociale**, un original trabajo biográfico sobre un asesino de prostitutas de principios de siglo XX compuesto mediante el montaje de los diferentes discursos que, multiplicados, construyeron la figura del criminal mediante un “aceleramiento de la maquinaria grofomaniaca”), tomaron a su cargo el texto de presentación que aquí reproducimos. Con una clara apuesta por la microhistoria y el análisis de los dispositivos discursivos, los autores repasan casi cincuenta años de historiografía francesa a partir del lugar que en ella han ocupado los archivos personales y las fuentes autobiográficas.

En los últimos treinta años, y particularmente a partir de la publicación por Michel Foucault de las **Memorias del parricida Pierre Riviere**,¹ la historiografía francesa se ha caracterizado por una creciente valorización de las fuentes autobiográficas. Jacques-Louis Ménétra, Nicolas Contat, Charles Noiret, Caroline Brame, Jean-Baptiste Dumay, Louis Barthas, Jeanne Bouvier, y otros tantos individuos hasta entonces sin rostro ni espesor han venido a poblar la historia de los últimos siglos, dotándola de lo que el propio Foucault llamó el “murmullo del mundo”.² El mayor interés puesto en el “testimonio” y sus relaciones con la “verdad”, los diversos desplazamientos propuestos u operados por la microhistoria, la reconsideración del rol y de las competencias de los actores, e incluso la creciente atención prestada a la escritura en la construcción de los objetos históricos, han contribuido mucho a acentuar este movimiento. La impresionante teoría de las publicaciones dedicadas a los relatos y testimonios de la Shoah³ o el renovado interés por los trabajos de Jean Norton Cru,⁴ las correspondencias y memorias de los combatientes de la Gran Guerra, constituyen un claro ejemplo de este fenómeno, en donde lo que está en juego son cuestiones a la vez memorialísticas, científicas y editoriales.⁵

¹ Michel Foucault et alii, **Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère... Un cas de parricide au XIXe siècle**, Paris, Gallimard/Julliard, 1973 (Traducción al español: **Yo Pierre Riviere, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y mi hermano...**, Barcelona, Tusquets, 1976).

² Michel Foucault, prefacio a **Raison et déraison**, Paris, Plon, 1961 recuperado en **Dits et écrits**, Paris, Gallimard, 1994, t. 1, p. 164. (Traducción al español: **Entre filosofía y literatura. Obras esenciales volumen I**, Buenos Aires, Paidós, 1999, p. 162).

³ Annette Wieviorka, **Déportation et Génocide. Entre la mémoire et l'oubli**, Paris, Plon, 1992.

⁴ Cf. la reciente aproximación de Christophe Prochasson, “Jean-Norton Cru, du témoignage à l'histoire”, en **Revue d'histoire moderne et contemporaine**, n° 48-4, 2001, pp. 160-189.

⁵ Sobre este último punto, al que consideramos esencial, este dossier lamentablemente se mantiene en silencio. El cuestionario enviado a cuarenta edi-

A pesar de estos avances, el lugar otorgado al “yo” en la historiografía continúa siendo incierto; y el estatus y el uso de estos archivos en la investigación histórica, problemático y discutido. Mientras muchos consideran que los escritos autobiográficos y los archivos personales mantienen con lo verídico una relación siempre equívoca y que no pueden ser utilizados sino a título indicativo o ilustrativo; otros, a la inversa, ven en ellos un material privilegiado, a veces único, para aprehender “lo infraordinario”, para captar las emociones, las sensibilidades y las representaciones sociales, para restituir las experiencias en toda su discontinuidad (o por el contrario para captar las tentativas de su reorganización y reescritura). El uso de estas fuentes, su crítica, su entrecruzamiento con otros tipos de documentos, provoca numerosos interrogantes a los cuales las prácticas historiográficas han respondido de forma muy diversa. En la medida que la escritura autobiográfica deviene por fin en un objeto historiográfico por derecho propio; algunos análisis recientes tienden a reconstituir la historia de estos materiales, a estudiar estas formas de escritura múltiple como tantos otros “acontecimientos”. Unas veces ponderados, otras veces devaluados, el inmenso y a veces indelimitable mundo de los archivos personales (correspondencias, diarios íntimos, memorias, autobiografías), a los que podría agregarse la masa creciente de archivos orales, diferentes por su naturaleza, pero cuya puesta en práctica y uso histórico revisten preocupaciones similares, no ha cesado de interpelar al historiador. Algunos de estos interrogantes son los que intentará explorar este dossier.

Reconocimiento del individuo común como actor con derecho propio de la historia o tentativa por captar la complejidad del mundo social, el recurso a los archivos de sí traza a su alrededor una historia propia. Rápidamente podemos distinguir tres momentos, que no excluyen las etapas de su encadenamiento. El primero se caracteriza por una fuerte revalorización de los archivos personales. Sus objetos privilegiados son los documentos producidos por los “condenados de la tierra” y se inscribe explícitamente en el contexto de las luchas abiertas por Mayo del 68. Se trata de abrir la historia a

sus víctimas, a sus excluidos, a aquellos que habían sido privados de la palabra —los obreros primero y sobre todo, pero también los marginales—⁶ y de constituir esa palabra en instrumento de lucha. Así, Carlo Guinzburg escribía en el prefacio de su libro **El queso y los gusanos**: “Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado, de consignar únicamente las ‘gestas de los reyes’. Hoy día ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron. ‘¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?’ pregunte el lector obrero de Brecht”⁷.

Numerosas autobiografías y diarios de obreros⁸ o marginales fueron entonces publicados, dentro de una concepción militante de la historia, y acogidos dentro de editoriales comprometidas. La colección “Actos y memorias del pueblo”, de François Maspéro, es característica de este primer momento: “Traer, a la escucha de la historia, voces diferentes de aquellas que siempre hablaron más alto y más fuerte. Se trata de ir hacia el pasado y de aportar para el futuro, los elementos para una cultura popular”⁹. Es la misma preocupación que llevó a Michel Foucault a publicar las **Memorias del parricida Pierre Rivière**, y a proponer en 1973 al diario **Liberation** abrir una sección titulada “Crónica de la memoria obrera”, constituida por escritos de trabajadores: “sería interesante que alrededor del periódico se reagruparan todos estos recuerdos, no solo para contarlos sino, sobre todo, para definir a partir de ellos los instrumentos de una lucha posible”¹⁰. El archivo personal fue percibido como una contrafuente, enunciando lo que se había callado, poniendo palabras al reverso de la historia. “Hoy como ayer, decía Daniel Roche en 1980, la apuesta de la biografía auténtica es devolverles la palabra a aquellos a los que les fue desposeída”¹¹. En muchos casos, este uso se limitaba a una publicación acompañada de una simple contextualización, el discurso del testigo que otorgaba la prueba. Del otro lado del Atlántico se asistía a un fenómeno bastante comparable, relacionado con el uso de los archivos en las investigaciones dedicadas a las minorías. En los Black Studies y Gay Studies, las autobiografías y otros escritos de esclavos y homosexuales constituían una fuente privilegiada, como si se estuviera a la pesca de la palabra virgen de los individuos con identidades minoritarias, una palabra que vendría a restablecer la verdad sobre una serie de acontecimientos traumáticos.¹² Cabe subrayar que este fan-

tores franceses en febrero de 2001 no obtuvo ninguna respuesta. Aquí reproducimos las cuatro series de preguntas que les habían sido formuladas:

- ¿Qué opina sobre el lugar ocupado, en los últimos veinte años, por los archivos autobiográficos en la edición de ciencias sociales? ¿Se asiste a un crecimiento de este tipo de publicaciones? ¿Qué riesgos representa para usted esta valorización de la palabra autobiográfica?
- ¿Publicó textos autobiográficos? Si la respuesta es afirmativa ¿según qué criterios: notoriedad del autor?, ¿“Revelaciones” particulares del texto? ¿Estatus de “testimonio” privilegiado? ¿Posible interés del público? ¿Calidad literaria o dramática del documento? ¿Aniversario, conmemoración, actualidad? ¿Notoriedad del investigador que presenta el texto?
- ¿Cómo se publica un texto autobiográfico? ¿Dentro de una colección con un estatuto específico o como cualquier otro título de ciencias sociales? ¿Con qué frecuencia? ¿Acompañado o no de un aparato crítico? Si la respuesta es afirmativa ¿a quién se lo encarga y qué proporción del libro se le atribuye?
- Tratándose de la difusión de estas obras ¿considera que exigen estrategias específicas de edición? ¿Tirajes especiales? ¿Recurrir a circuitos diferentes? ¿Piensa que estas obras reciben de parte del público y de la crítica una respuesta favorable? ¿Estas respuestas coinciden? Si la respuesta es no ¿cómo analiza estas divergencias?

⁶ Sobre este contexto ver Bernard Vincent (dir.), **Les Marginaux et exclus dans l'Histoire**, Paris, Cahiers Jussieu, 10/18-UGE, 1979.

⁷ Carlo Guinzburg, **Le Fromage et les vers. L'univers d'un meunier au XVI^e siècle**, Paris, Flammarion, 1980, p. 7. (Traducción al español: **El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI**, Barcelona, Muchnik, 1976).

⁸ Sobre las autobiografías de obreros ver Michelle Perrot, “Les Vies ouvrières”, en Pierre Nora (dir.), **Les Lieux de mémoires**, vol. III, “Les France”, t. 3, Paris, Gallimard, 1992, pp. 87-129.

⁹ En esta colección, animada por Louis Constant, fueron publicados: **Souvenirs d'une morte vivante (1848-1871)** por Victorine B., **J'étais deuxième classe dans l'armée républicaine espagnole** por Lluís Montagut, **Les Carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier (1914-1918)**, **Mémoires d'un compagnon** por Agricol Perdiguier.

¹⁰ Michel Foucault, “Pour une chronique de la mémoire ouvrière” (febrero de 1973), n° 117, reproducido en **Dits et écrits**, Paris, Gallimard, 1995, t. II, pp. 399-400 (Traducción al español en: **Estrategias de poder. Obras esenciales**, Buenos Aires, Paidós, 1999).

¹¹ **Journal de ma vie. Jacques-Louis Ménétra, compagnon vitrier au XVIII^e siècle**, presentado por Daniel Roche, Paris, Montalba, 1982, réédité por Albin Michel, 1998.

¹² Testimonio de este movimiento es el éxito de las reediciones de los recuer-

tasma del escrito en bruto, de la palabra intacta y preservada del dominado, de la víctima o del vencido, todavía acecha a un cierto número de investigaciones y publicaciones europeas.

El segundo momento de esta historia emerge con el desarrollo de una investigación histórica que no se preocupa solamente de los silenciados de la historia sino más bien, desde una perspectiva más antropológica, de sus silencios. Bajo la iniciativa de las historiadoras de las mujeres, la mirada historiográfica se posó sobre un conjunto de gestos y prácticas que hasta entonces había abandonado.¹³ La **Historia de la Vida Privada** es ejemplar de este cambio de óptica. Estas investigaciones sobre lo íntimo otorgan a los archivos de sí un lugar privilegiado, como lo señaló Michelle Perrot en la introducción al volumen por ella dirigido:

Las fuentes más directas y más ricas, los archivos privados, son, sin embargo, disimétricos y de un acceso aleatorio. Su conservación es tan arriesgada como su consulta [...]. La coyuntura actual tiende a revalorizar estos restos. Correspondencias familiares y literatura "personal" (diarios íntimos, autobiografías, memorias), irremplazables testimonios que no constituyen por eso los documentos "verdaderos" de lo privado. Obedecen a reglas de urbanidad y de puesta en escena de sí para sí que rigen la naturaleza de su comunicación y el estatuto de su ficción. Nada menos espontáneo que una carta; nada menos transparente que una autobiografía, hechas tanto para cerrar como para revelar. Pero estas sutiles maneras de ocultar/mostrar nos ponen al menos a las puertas de la fortaleza.¹⁴

En efecto, en esta segunda fase, el interés de los historiadores comenzó a focalizarse no solamente en el contenido de los discursos, sino en sus condiciones de producción, en los gestos, en las prácticas de las cuales provienen los archivos. Los trabajos y reflexiones sobre los diarios de jovencitas probablemente sean el mejor ejemplo de este segundo momento.¹⁵ Dos grandes grupos de obras contribuyeron en el curso de los años '80 a convertir este interrogante inicialmente marginal en un verdadero objeto historiográfico. El primero provino de los márgenes de la historia, de la antropología y la literatura, y lo constituyen las investigaciones realizadas sobre las escrituras ordinarias (Daniel Fabre)¹⁶ y sobre el género autobiográfico (Philippe Lejeune¹⁷). El segundo se desarrolló en el seno mismo de la disciplina y en el cuadro global de la historia de la lectura y la escritura, impulsado especialmente por Roger Chartier. Los archivos personales se

convierten en objetos históricos en sí mismos: la historia de la correspondencia constituye un buen ejemplo de este conjunto de prácticas, tanto individuales como colectivas, que pudieron salir de las sombras gracias al análisis de estas fuentes.¹⁸

Asistimos, desde hace varios años, a una nueva etapa en esta historia de los archivos personales. Gracias a este conjunto de investigaciones, los historiadores mantienen una relación más crítica, y sin duda más libre, con estos materiales. Los archivos personales no solamente han encontrado su sitio en todos los campos historiográficos, sino que son objeto de una verdadera crítica, a la misma altura que otro tipo de fuentes. Así, después de una fase de sacralización y una siguiente de problematización, los archivos personales entran en una fase de trivialización, del mismo modo que ocurrió con otros documentos, como los archivos judiciales.¹⁹ Los trabajos ya no se ocupan solamente de cierta categoría de individuos: la gente de pueblo, los "hombres infames", las mujeres; lo que hoy parece interesar al historiador es la riqueza que estos materiales ofrecen para aprehender todo aquello que procede de lo que Georges Perec ha llamado lo "infraordinario".²⁰ Ocupándose de acontecimientos o de situaciones extremas —la enfermedad, la guerra, la Shoah—, los archivos personales son cada vez más utilizados para comprender —la mayoría de las veces desde una perspectiva antropológica— las experiencias cotidianas, las emociones minúsculas, las prácticas comunes y banales que escapaban hasta entonces a los ojos del historiador. En lo relativo a la Gran Guerra, este es el caso de numerosos trabajos sobre el universo de los combatientes en el frente de batalla o de las mujeres en la retaguardia.²¹ Pero el recurso a estas fuentes se hace aún de manera tímida para comprender los acontecimientos de "baja intensidad", al estilo de los trabajos en curso de Arlette Farge sobre los escritos de los ahogados en el Sena en el siglo XVIII.

Esta trivialización de los archivos ordinarios coincide igualmente con una muy fuerte valorización social del testimonio individual, y con su intensa instrumentalización mediática y judicial, como lo han señalado en otro lugar Annette Wieviorka o Pierre Laborie. Hoy también se desarrollan investigaciones que proceden a una deconstrucción del archivo de sí: estos trabajos muestran tanto la manera en que estos documentos fueron producidos como los usos contemporáneos de los que son objeto. Desde hace algunos años emerge una inmensa obra histórica, la de los usos sociales de los archivos personales. Dentro de este mismo cuadro, se

dos y memorias de esclavos, por ejemplo: **Incidents dans la vie d'une jeune esclave** de Harriet A. Jacobs (publicado en francés por Viviane Hamy en 1992).

¹³ Esta preocupación está todavía muy presente en la historia de las mujeres. Ver por ejemplo el dossier: "Parler, chanter, lire, écrire", **Clio. Histoire, Femmes et Société**, n° 11, 2000.

¹⁴ Michelle Perrot, "Introducción", en Philippe Ariès y Georges Duby (dir.), **Historia de la vida privada**, t. 4, "De la Révolution à la Grande Guerre", Paris, Le Seuil, 1987, p. 11. (Traducción al español: **Historia de la vida privada**, Madrid, Taurus, 2001)

¹⁵ Ver Alain Corbin, "Le secret de l'individu", en *Ibid.*, 419-501.

¹⁶ Daniel Fabre (dir.), **Écritures ordinaires**, Paris, POL, 1993; **Par écrit, Éthnologie des écritures quotidiennes**, Paris, MSH, 1997.

¹⁷ Entre los trabajos de Philippe Lejeune, citamos especialmente su investigación sobre el diario de jovencitas en el siglo XIX: **Le Moi des demoiselles**, Paris, Le Seuil, 1992.

¹⁸ Cfr. Roger Chartier (dir.), **La Correspondance**, Paris, Fayard, 1991; Cécile Dauphin, Pierette Lebrun-Pézerat, Dominique Pouban, **Ces bonnes lettres. Une correspondance familiale au XIXe siècle**, Paris, Albin-Michel, 1995; ver también, por ejemplo, las actas del coloquio **Expériences limites de l'épistolaire**, reunidos por André Magnan, Paris, Honoré Champion, 1993, e incluso Mireille Bossis (dir.), **La Lettre à la croisée de l'individuel et du social**, Paris, Kimé, 1994.

¹⁹ Frédéric Chauvaud et Jacques-Guy Petit (dir.), **L'Histoire contemporaine et les usages des archives judiciaires (1800-1939)**, **Histoire et archives**, hors-série n° 2, Paris, Champion, 1998.

²⁰ Georges Perec, **L'Infra-ordinaire**, Paris, Le Seuil, 1989 (Traducción al español: **Lo infraordinario**, Madrid, Impedimenta, 2008)

²¹ Ver por ejemplo las diversas entregas de la revista del Centre de recherches de l'Historial de la grande Guerre, **14-18 Aujourd'hui, Heute, Today**.

asiste también a una mayor visibilidad de los fondos, tanto en el dominio privado²² como en los archivos públicos. Paralelamente a la reflexión sobre las fuentes y sus especificidades, se ha realizado todo un trabajo de localización y de inventario, del que la primera parte de este dossier da cuenta en parte.

Pero esta mayor presencia de los archivos de sí, que parecen haber encontrado su sitio en el “pozo común” de las fuentes del historiador, trae consigo su parte de inquietud y sus interrogantes. Dos cuestiones, sobre todo, canalizan la ansiedad. La primera concierne a la naturaleza y la composición misma de “lo social”, lo que se podrá convenir aquí que constituye, en su dimensión diacrónica, el objeto propio de la historia. Sabemos, en efecto, que la disciplina se constituyó sobre el rechazo del “ídolo” individual, que significa mucho más que la simple condenación de la biografía,²³ y sobre una acepción muy holística de lo social. “La sociedad no es una simple suma de individuos, sino que el sistema formado por su asociación representa una realidad con características propias”, escribía Émile Durkheim, invitando a buscar las causas de los hechos “entre los hechos sociales antecedentes y no entre los estados de conciencia individual”.²⁴ Si después de medio siglo los diversos “constructivismos” han ayudado a los sociólogos a superar este dualismo paralizante, los historiadores han tardado más, y con mayores penurias, en salir de esta oposición entre lo individual y lo colectivo. De este modo, los momentos cumbre de la historiografía contemporánea se respaldaron en un enfoque casi exclusivamente estructural de lo social. Sin duda, conviene subrayar hasta qué punto los últimos veinte años han estado marcados por el retroceso de los paradigmas holísticos y el “interés creciente otorgado a la historia de la singularidad”.²⁵ En cierto sentido, toda la historia llamada “cultural”²⁶ procede de este cambio de perspectiva. Pero conviene ser mesurados. Aunque hoy es mucho más apreciado, este movimiento no afecta sino a una minoría de investigadores, lo esencial de la producción continúa atada a una concepción muy estructural de la sociedad. Así lo demuestran los juicios de observadores externos, pero informados, que continúan percibiendo a la historia como una disciplina aplastante, “una potencia arrogante y censora que asfixia las voces individuales y equivoca los destinos personales”.²⁷

²² Al estilo del considerable fondo reunido por la Association pour l'autobiographie (APA), ubicado en Ambérieu-en-Bugey, que publica tres veces al año la revista **La Faute à Rousseau**, y cada año un **Gardemémoire** (inventario e índice de los textos depositados), dos preciadas herramientas para los investigadores.

²³ Cfr. El célebre artículo de François Simiand, “Méthode historique et science sociale”, en **Revue de synthèse historique**, 1903, reproducido en **Annales ESC**, 1953-1, pp. 83-119.

²⁴ Émile Durkheim, **Les Règles de la méthode sociologique** (1895), reedición en París, PUF, colección “Quadrige”, 1981, pp. 102 et 109 (Varias traducciones al español).

²⁵ Ver Alain Corbin, “Histoire et subjectivités”, en Yves Michaud (dir.), **L'Université de tous les savoirs**, t. 2, **L'Histoire, la Sociologie et l'Anthropologie**, París, Odile Jacob, 2002, pp. 139-154.

²⁶ Para una definición reciente y sintética de esta noción dada por uno de sus principales (y primeros) iniciadores, ver Pascal Ory, “Qu'est-ce que l'histoire culturelle?”, en Yves Michaud, **L'Université de tous les savoirs**, op. cit., pp. 93-106.

²⁷ Claude Burgelin, “Écriture de soi, écriture de l'histoire: esquisses autour d'un conflit”, en Jean-François Chiantaretto (dir.), **Écriture de soi, écriture de l'histoire**, París, In Press, 1997, p. 105.

Aunque no agoten las prácticas historiadoras, los diversos trabajos que se han ocupado, a partir de archivos personales, de la exhumación e interpretación de las conductas individuales, vinieron a minar desde el interior la coherencia y el orden tradicional de “lo social” propio del historiador. Poniendo el énfasis sobre la subjetividad de los actores y la singularidad de las trayectorias, privilegiando la revelación de la desviación o del margen sobre la búsqueda de las regularidades, la multiplicidad de las experiencias sobre la racionalidad de las limitaciones, en síntesis, lo variable sobre lo modélico, han contribuido a reabrir un viejo debate, tomando el riesgo de hacer una historia cada vez más fragmentada, una simple yuxtaposición de itinerarios e individuos siempre percibidos como irreductibles. ¿Podríamos, tal vez, sostener que la sociedad no existe más que en aquel estallido, que su textura propia reside en ese encabestramiento de experiencias, de prácticas, de representaciones, todas diferentes y todas pertinentes? ¿Y que la tarea del historiador consiste, en consecuencia, en un paciente trabajo de desciframiento, de comprensión y de deconstrucción de los archivos de sí? Posición defendible pero que rebaja las ambiciones de la disciplina, que termina reducida a la impotencia por la abundancia de prácticas individuales tan densas que se vuelven imposibles de circunscribir.

Sin duda, más bien hay que reconocer, como nos invitan otras ciencias sociales y como lo proponen aquí varias contribuciones, que esta oposición entre lo individual y lo colectivo, entre el individuo y la sociedad, en resumidas cuentas no constituye más que una engañifa. En primer lugar porque, como lo señala Philippe Lejeune, el mundo de lo autobiográfico es raramente el de la singularidad. Por el contrario, el tipo de escritura o de palabra que conduce al archivo personal procede de un mandato de orden social. En efecto, el archivo personal está frecuentemente emparentado a una suerte de biografía colectiva, a una “historia de la vida social”, que señala la fusión de la individualidad dentro del grupo y participa activamente en el proceso de construcción de identidades, a la vez individuales y sociales. Pero sobre todo, como lo dicen aquí Daniel Fabre o Corinne Pelta, los archivos personales funcionan la mayoría de las veces en serie, en red, en *continuum*. Forman “comunidades textuales” cuyas configuraciones se revelan muy propicias a la expresión de la *socialité* del yo. Lejos de oponerse, el individuo y la sociedad emergen como dos abstracciones complementarias que se soportan mutuamente y funcionan dentro de una relación de validación recíproca. Sabemos hasta qué punto la conciencia de sí transita por los marcos sociales de la memoria y de la representación. A través de la observación y de la escritura de sí parecen difuminarse las fronteras convenidas entre lo íntimo y lo público, lo personal y lo social, en provecho de una suerte de yo colectivo donde las desviaciones y las singularidades solo toman en sentido cuando se las relaciona con un sistema de limitaciones y de normas. Y sin duda lo “real” emerge de esta articulación. A partir de situaciones (el crimen, el amor, la guerra) y de materiales diferentes (correspondencias, memorias, diarios íntimos, etc.), estas son las cuestiones que abordan la mayor parte de los materiales reunidos en este dossier.

La segunda serie de interrogantes concierne al régimen de cientificidad, y particularmente a los procedimientos de administración

de la prueba, que el recurso a este tipo de fuentes complica singularmente. No es que los archivos de sí sean necesariamente más engañosos que los otros, que pueden serlo otro tanto. La idea de que los procedimientos de autentificación, de verificación y de intersección no funcionan con la escritura de sí (o con el archivo oral) no parece defendible, y ya no es más el tiempo en que por esta razón Augusto Comte excluía la introspección de su clasificación positiva de las ciencias. No hay duda que los archivos íntimos no están al amparo de falsificaciones ni mitificaciones (ver el affaire Wilkomirski²⁸) y que necesitan, como cualquier otra fuente, protocolos de peritaje y validación. Pero esto no basta para descalificarlos. En verdad, las dificultades provienen de otros obstáculos, que la mayor parte de las contribuciones de este dossier evocan a su manera. El primero proviene del estatuto adquirido en los últimos treinta años por la noción de testimonio.²⁹ Cuestionando las acepciones jurídicas del término, que diferencian radicalmente el testimonio de los acusados y de sus víctimas, el término ha llegado a designar toda palabra o relato que emana de los actores de la historia, y es proyectado a una suerte de dimensión absoluta, a la vez ética, social e histórica, que liga en un mismo movimiento el testimonio, el acontecimiento y su comprensión. De estos usos imperiosos, ni la historia ni la escritura de sí pueden salir victoriosos. Una segunda serie de dificultades nace del dominio de lo sensible, de los afectos, que recubren estos relatos o tomas de la palabra y que necesariamente desbordan el universo de las "fuentes" hacia el del historiador. Desentrañar estas emociones sin alterar su signo, respaldándose en ellas para comprender sus posibilidades y lo que contienen de conocimiento, puede aparecer como una delicada vía a seguir. Se articula allí estrechamente toda la cuestión de la escritura y el "yo" del investigador, cuyo lento avance frente al tradicional "nosotros" colectivo del científico señala la entrada progresiva del historiador a otro régimen de cientificidad, más próximo al del hermeneuta y el antropólogo, que al del demógrafo o el estadista. Para terminar, una última dificultad, sin duda la más compleja, reside en la diversidad de temporalidades inscritas en estas fuentes, en la imbricación de regímenes de historicidad donde los conflictos, ligados a los juegos de la memoria y el testimonio, constituyen otros tantos obstáculos a la comprensión. Desentrañar los múltiples relaciones temporales que se entretienen en estos textos, y luego en los usos que de ellos efectúa el historiador, constituye de hecho, a la manera de ciertos trabajos realizados en genética textual,³⁰ una de las principales tareas de la disciplina cuando se confronta con los archivos personales.

Seguramente podemos considerar que el pliego de condiciones de una historiografía de estas características es muy pesado y exi-

gente. Sin embargo, las ganancias nos parecen estar a la medida de las inversiones. Adosado a lo que constituye sin duda el corazón y la esencia misma de su práctica, a saber, una reflexión sobre las fuentes, su génesis, sus limitaciones y sus intenciones, el historiador puede esperar encontrar en estos archivos los medios de convocar juntos a los actores sociales y las estructuras que los contienen, de ligar y leer juntos sociedades y representaciones.

[L' "historien et les archives personnelles: Pas à pas", en **Sociétés & Représentations**, n° 13, 2002/1, Paris, pp. 7-15.

Traducido del francés por Adriana Petra]

²⁸ Sobre la génesis de este falso testimonio histórico ver Élena Lappin, **L'Homme qui avait deux têtes**, Paris, de L'Olivier, 2000.

²⁹ Sobre esta cuestión ver las dos importantes obras de Renaud Dulong, **Le Témoin oculaire. Les conditions sociales de l'attestation personnelle**, Paris, EHESS, 1998, y de Annette Wieviorka, **L'Ère du témoin**, Paris, Plon, 1999, ambos reseñados en esta entrega. Señalamos igualmente el reciente encuentro de Cerisy, **Témoignage et écriture de l'histoire** (dir. Jean-François Chiantaretto et Régine Robin, 21-31 juillet 2001), cuyas actas aparecerán próximamente.

³⁰ Ver por ejemplo el número "Autobiographies" (dirigido por Phippe Lejeune y Catherine Viollet) de la revista **Genesis. Manuscrits, Recherche, Invention. Revue internationale de critique génétique**, n° 16, 2001.